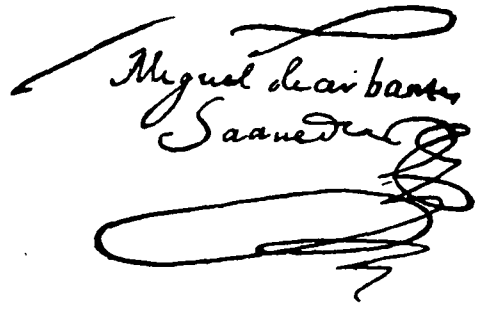
E V.13-4

S. A. VOSTERS

Tlt 52043

LOPE DE VEGA Y TITELMANS



MADRID
1 9 6 2

PUBLICACIONES DE "REVISTA DE LITERATURA"

Tomo XXI. — Enero - Junio de 1962. — Págs. 5 a 33

Homenaje del autor

EDICION ESPECIAL DE 20 EJEMPLARES
NUMERADOS, NO VENALES

EJEMPLAR NUM. 19.....

Depósito Legal, M. 549. Sep.-1958

Bolaños y Aguilar, S. L. - General Sanjurjo, 20. - Madrid, 1968.

LOPE DE VEGA Y TITELMANS

COMO EL FENIX SE REPRESENTABA EL UNIVERSO

Entre todas las autoridades neerlandesas que Lope de Vega alega en la parte científica de su obra, la que cita con más frecuencia sin duda ninguna es la de *Tit.*, *Titel.*, *Titelm.*, *Titelma(n)*, abreviaciones de Titelmanus o Titelmano, nombre latinizado y españolizado, respectivamente, de Frans (Francisco) Titelmans, natural de Hasselt, actualmente capital de la provincia belga de Limburgo. Nació allí en 1502, ingresó en los franciscanos y llegó a ser «praelector» de Sagrada Escritura por la Universidad de Lovaina. Defensor de la autoridad de la Vulgata y de la explicación anagógica y mística de la misma, enemigo de la crítica de texto a base del estudio de lenguas, se hizo famoso por sus violentos ataques contra Erasmo, hecho que, aparte del vigor poético de sus escritos, contribuyó considerablemente a su renombre en España, sobre todo después de la época de Carlos V [1].

A pesar de la brevedad de su vida (no llegó a los treinta y cinco años), creó una obra monumental, donde figuran explicaciones parafrásticas de la Biblia, escritos apologéticos, místicos y de filosofía natural. Su número exacto no es fácil estimarlo, porque ya vienen insertos en colecciones de los demás autores, o se reimprimieron con otros títulos, o son ediciones de otros escritores. El Padre Dirks, en su Bibliografía de los frailes menores, enumera 26 títulos distintos de obras originales, es decir, sin contar las traducciones y ediciones de obras ajenas. Pero esta enumeración, por lo menos en lo que toca a las numerosas reimpresiones, es muy incompleta [2]. [Faltan además dos títulos que, por lo visto, solamente existen en el *British Museum* de Londres]. Se trata de *Naturae naturatae ad naturam naturantem reductio* (Lugduni, 1658), y del *Compendium dialecticae* (Parisiis, 1543). Como se trata de la primera edición y de otra muy tardía, es probable que representen reimpre-

[1] *Biographie nationale de Belgique*, XXV, 341-352.

[2] SERVAES DIRKS: *Histoire littéraire et bibliographique des Frères Mineurs de l'Observance de St. François* (Anvers, 1885), 49-59.

Esta importante biobibliografía no la menciona la bibliografía de los postincunables neerlandeses: W. NIJHOFF-M. E. KRONENBERG: *Nederlandsche bibliographie van 1500 tot 1540* (La Haya, 1923 ss.). Ni está en VANDER HAEGEN: *Biblioteca Belgica* (Bruxelles-La Haie, 1880 ss.).

siones con otros nombres. Y aquí damos con otra dificultad: su obra está esparcida por numerosas bibliotecas y países. Hasta ahora, hemos consultado el catálogo central de los Países Bajos, el de post-incunables neerlandeses, el de la Biblioteca Real de Bruselas, el del Museo Británico de Londres y el de las Bibliotecas Nacionales de París y de Madrid. La colección más completa, que nosotros sepamos, existe en la de Madrid, que contiene 64 ejemplares diferentes, representando casi otras tantas ediciones, impresas en Amberes, Lovaina, Lyon, Venecia, París y Alcalá, en total 18 títulos diferentes. En otras palabras, en la Nacional sólo faltan unos ocho títulos, con lo cual ya queda demostrada la gran importancia que la obra de Titelmans tenía para España, a la que el antieramista flamenco, ya de por vida, profesaba especial cariño.

Titelmans, por su parte, estaba en relaciones amistosas con dos misioneros españoles, franciscanos como él, cuyas cartas (habían partido a Méjico) editó. En pago de esta cortesía y por la utilidad de sus escritos, Alcalá le honró por dos reimpresiones póstumas, como las demás a cuidado de su hermano Pedro Titelmans (1501-1572), el inquisidor. Se trata de su *Elucidatio* de las epístolas (1543, ed. Príncipe, 1528) y de su *Elucidatio paraphrastica* del evangelio de San Juan (1566, ed. Príncipe, 1544). Del primer título existe ejemplar en la Nacional de Madrid (signatura: R 30147). Allí se guarda, además, la versión española de su *Summa mysteriorum christianae fidei* (ed. Amberes, 1532). Este libro, que es como precursor del catecismo y se presta muy bien a la divulgación popular, después de haber salido en neerlandés en 1529, lo tradujo al castellano, con el título de *Summa de los mysterios de la fe Christiana* (1555), el Padre fray Juan de la Cruz, dominico de la Provincia de Portugal, pues no es el famoso santo carmelita del mismo nombre, sino un predicador bastante desconocido (signatura R 26690). La traducción va dedicada a la serenísima Princesa María, Infanta de Portugal (1528-1603). No había universidad, colegio ni seminario donde faltaban las obras de Titelmans, como, entre otras, lo demuestra su presencia actual en la Biblioteca Universitaria de Santiago de Compostela [3].

I.—«EL ISIDRO» (1599)

Como la ortodoxia de Titelmans, quien glorificó a Carlos V como defensor de la Iglesia, y cuyo hermano era inquisidor, estaba fuera de duda, no había inconveniente para que Lope de Vega, familiar de la Inquisición, mencionara la obra de este flamenco «amigo de Dios y del Rey». Lo hace por primera vez en el precioso poema religioso *El Isidro*,

[3] J. M.ª de Bustamante y Urrutia: *Bibliografía de la Universidad de Santiago de Compostela*, siglo XVI, núm. 1863 (*De cons. rer. nat.*), 2013 (El ps.), 3298 (*Phil. nat.*), págs. 14, 64-65, 413.

escrito en 1596 ó 1597 y editado en 1599. Allí, en el primer canto, donde se relata cómo el santo carpetano nace y se cría virtuosamente, sus padres mueren y los labradores vecinos tratam de casarle, el poeta, en un apóstrofe dirigido a Madrid y al Manzanares, le dice:

Trocado el sayal del suelo
En celestial terciopelo,
Verás en que campo assiste,
Y aquel que en tus aguas viste,
Sobre las aguas del cielo [4].

En una nota marginal a esta quintilla, que es de tono popular y de argumento erudito a la vez, Lope de Vega apunta: «Titelma[n] de coelo et mun[do] lib. 7, c. 13 Dani. 3 Psal. 148». En toda la obra y en todas las ediciones del ilustre natural de Hasselt, no se encontrará un libro que tenga por título *De coelo et mundo* («Del cielo y del mundo»). La apostilla es incompleta, pues, y no se lo echaremos en cara a Lope, porque el espacio que permite una glosa es muy reducido, siendo la obra de Titelmans tan conocida en aquel entonces que los eruditos ya sabían que así se aludía a un capítulo del *Compendium philosophiae naturalis* («Compendio de la filosofía natural»), edición modificada y mejorada de un libro que por primera vez se publicó con el título *De consideratione rerum naturalium* («De la consideración de las cosas naturales», Amberes, 1530). Los tres primeros capítulos del libro siete, tienen en las ediciones posteriores otros títulos y otros argumentos; luego el capítulo cuarto corresponde con el tercero de la edición de 1530, el quinto con el cuarto, etc. [5]. Lope de Vega no ha conocido esta edición, sino aquélla, porque siempre que la cita le pone el nombre abreviado de *Filosofía*, *Phylos.* o *Philos.*, es decir, el que el libro obtuvo a partir de 1535, probablemente junto a la nueva división de capítulos. De esta manera conoció por lo menos catorce ediciones. Citaremos aquí de la de 1582 en París, que es la última conocida, siendo muy probable que Lope la haya conocido [6].

Pues bien, en el libro séptimo, que se rotula, como el mismo Lope

---

[4] Lope de Vega: *Isidro*, poema castellano (Madrid, 1599), 2 v. (abreviación *Is.*), cfr. Lope de Vega, *Poesía lírica*, en *Obras escogidas*, t. II, ed. F. Sáinz de Robles (Madrid, 1946), 576 (abreviación *SR.*).

[5] Esta edición príncipe no la menciona Dirks. Allí están las de Amberes, 1535, '70; de París de '40, '43, '45, '56, '58, '60; de Lovaina, '66; de Lyon, '45, '58, '96. En la B. N. de Madrid existen cinco ejemplares, de los cuales dos (Venecia '72 y Lyon '51) no figuran en la obra de Dirks. En Santiago existe una edición del *De consid. rer. nat. de Amberes*, 1570 (?) y de la *Phil. nat.*, s. l. n. a.

[6] Véase Is. 22, 217, 232.
Lope de Vega: *Jerusalén conquistada*, ed. J. de Entrambasaguas (Madrid, 1951 *ss.*), II 502 (402-17), II 468 (215-28), (abreviación *JE*).

Siguiente

indica: *De coelo et mundo*, se encuentra el pasaje aludido. Allí, en el capítulo 13, *De coelo empyreo, et de coelo cristallino sive aqueo, ac primo mobile* («Del cielo empíreo y del cielo cristalino o acuático, y del primero móvil»), Titelmans, hablando de las aguas del cielo, dice que éstas son las que se mencionan con frecuencia en la Sagrada Escritura, más especialmente en el principio del *Génesis*, cuando dice el Señor: «Se haga el firmamento en medio de las aguas y divida las aguas de las aguas». Y después: «Se hizo el firmamento en medio de las aguas y dividió las aguas que estaban por encima del firmamento de las aguas que estaban debajo del firmamento». Del mismo modo, en el libro de los Psalmos: «Alabadle, cielos de los cielos, y las aguas que están por encima de los cielos alaben el nombre del Señor». Escribiendo esto Titelmans, pone la apostilla *Psal. 148*, lo cual, como hemos visto, le copiaría Lope de Vega.

El número del capítulo, o sea el trece, es otra prueba de que el poeta no utilizaba la edición Príncipe de 1530, porque allí lleva el número doce. En el capítulo catorce, que en edición de 1530 es el trece, y que trata del firmamento y del mundo de los planetas, Titelmans repite lo de la división de las aguas. Fiel a la tradicional *elucidatio paraphrastica* de la Vulgata y a la autoridad de los antiguos, explica allí y en el capítulo doce de la división del universo, los conceptos precopérnicos y medievales que encontraron su expresión más acertada y artística en la *Divina commedia*, con la diferencia que Dante sólo distingue diez cielos y Titelmans once [El universo, según estas ideas pregalileyanas, tiene por centro la tierra, que está rodeada de las siete esferas de los planetas, que son respectivamente: la Luna (nombre propio, como el Sol), Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Júpiter y Saturno; Uranio y Pluto no estaban descubiertos todavía]. Después de estos astros errantes, siguen los fijos, que forman el cielo octavo, o sea el de las estrellas. La Biblia lo llama el firmamento, porque, deteniendo las aguas de la lluvia y sirviendo de engaste a las estrellas, se lo presenta como una materia fija. Siguen los cielos móviles, que con gran rapidez se mueven y arrastran a todos los demás. Sobre su cantidad hay disputa, diciéndose ya que es uno, ya que son dos o tres. Entre éstos se encuentra Titelmans. Observa que el nono se llama ora acuático, porque contiene las aguas superiores, ora cristalino, por su claridad. El décimo es el primero móvil, por la excesiva rapidez de sus movimientos. El undécimo es el Empíreo, lo que significa: de fuego, llamándose así por la brillantez aplastante de su luz. Allí vive Dios.

Pues bien, si Lope de Vega, con genial retruécano, dice que Madrid, que está construída sobre aguas, verá sobre las aguas del cielo al santo crecido en su suelo y cuyo semblante mortal se reflejó en las aguas del Manzanares, esto quiere decir que los carpetanos le contemplarán arriba

del cielo acuático, o sea en el Empíreo, esto es, cerca de Dios[7]. La apoteosis del santo es reflejo celestial de la belleza terrestre.

Todavía en el canto pirmero, y más especialmente al final, Lope de Vega relata cómo San Isidro cada día va a su hacienda después de oír misa. De camino «miraba las maravillas / que el verde campo brotaba / y a Dios gracias daba». Glorificaba al Creador, que se expresó en su creación. Las plantas besaban sus pies y él «huía de pisallas». Meditando uno de esos suaves milagros, dignos de los pinceles de algún primitivo florentino, el poeta dice:

En la mas minima flor
Que puso naturaleza
Al Aurora en la cabeza,
De su divino hazedor,
Contemplava la grandeza.

(Vide Titel. *Phylos.* lib. 8, cap. 11).

En el citado capítulo once: *Pulchra seminis consideratio*, del libro ocho, *De anima et potentia vegetali*, no se encuentra nada que pueda haber inspirado directamente estas metáforas, sino es que el conjunto, la alabanza de la naturaleza como expresión de la perfección divina, de la belleza de las flores y de la dulzura de las frutas, lo ha inspirado por su singular evocación poética[8].

En una época, en que todavía no se habían separado tan rigurosamente los caminos de la ciencia y de la poesía, encontrando el espíritu sintético de los cristianos una unidad natural en la contemplación de la esencia divina, no es de extrañar que un vate se esfuerce en reproducir las tesis de un manual de cosmología, si el libro en cuestión está escrito por un erudito como Titelmans, que no puede mirar la creación sino con exaltación poética. En el canto segundo, glorificando las bodas del

---

[7] Is. 2 v. SR 576.

De consideratione P 4 + 1v., cfr. P 3 (esta obra, como no lleva paginación, siempre va indicada según las marcas de imprenta. Las restantes páginas las indicamos con un signo de adición. Cfr. *Compendium naturalis philosophiae* (Parisiis, 1543), 95v-96r. (abreviación: *CNP*) y *Compendium philosophiae naturalis* (Parisiis, 1582), 187 (abreviación: *CPN*), lib. VI, cap. 13.

Texto en latín: *Hae sunt aquae, de quibus in scriptura sacra frequens est mentio nominatim in principio Geneseos, dicente Domino, Fiat firmamentum in medio aquarum, et dividat aquas ab aquis. Et subditur, factum ast firmamentum in medio aquarum, et divisit aquas quae erant supra firmamentum ab aquis quae erant sub firmamento. Item in libro Psalmorum: Laudate eum coeli coelorum, et aquae quae super coelos sunt, laudent nomen Domini.*

Sobre la Madrid, construída sobre aguas, véase la excelente traducción poética con introducción y notas que don José López de Toro hizo de *Ursaria sive Mantua Carpetana de Enrique Cock*, en «Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo», II (1944), 416.

[8] Is. 22. SR 583, cfr. 574. V 2v,. CPN 240, VIII, 11. *Taceo florum pulchritudinem, et fructum dulcedinem, ac in utrisque mirabile artificium.*

santo, y después de recordar cómo Carlos V honró el matrimonio y la mujer, el poeta dice que Dios le dió a San Isidro esta ayuda, parte mediadora y testigo:

Tuvo Himeneo aquel dia
Estraordinaria alegria,
El fue Sol, y Venus ella,
Que tienen el, y esta estrella
Individua compañia[9].

Añade la glosa: «Tit. *De coelo*, lib. 7, c. 23». En el indicado capítulo: *De solis nimia praecellentia super caeteros planetas*, Titelmans expone, bajo la apostilla *Venus est Solis quasi coniuge*, cómo este planeta, siendo mujer, no se aleja mucho de su marido el Sol y siempre le acompaña y da una luz muy suave. El Sol, al contrario, es todo fuerza, haciendo a las almas constantes y vigorosas. Venus, al contrario, las hace blandas, fáciles y menos fluctuantes. Él aporta el calor vital y ella el humor vital, concurriendo a la generación de la prole. Por fin, como dice el fraile flamenco, viven *individua societate*, lo cual el Fénix traduce literalmente diciendo: *individua compañia*. Le place tanto al autor esta metáfora epitalámica y humana, que vuelve a expresarla en el próximo capítulo *De sole in sacris literis quam honorifica fiat mentio*. Allí, con referencia al psalmo 18, Titelmans compara el Sol con un desposado que, el día de su boda, se levanta temprano y a pasos gigantescos, con gran *alegría*, recorre el cielo para acostarse luego en el occidente[10].

Al final del poema, Lope de Vega se refiere con más frecuencia al franciscano flamenco. En el canto nono, donde prosiguiendo el milagroso suceso de don Gracián Ramírez, noble en cuya casa el santo se crió, el monje relata cómo aquél, antes de acometer a los moros, que estaban sobre Madrid, dio muerte a sus tres hijas y a su mujer para que no cayesen en manos de los infieles, y cómo bajo la invocación de la Virgen

---

[9] Is. 28v., SR 586.
A la margen: *Genes* I. *Psal.* 148. Danie, 3.

[10] Q 4 + 2. CPN 198, VII, 23 (22). Al margen: «Venus est Solis pro coniuge. *Cap. 23.* Secundum tamen similitudinem quamdam, Venerem dicimus Solis esse coniugem. Est enim coniugis officium, suo viro individua societate adhaerere, neque ab eo sese plus iusto elongate.

Cap. 24. Soli posuit tabernaculum in eis (nempe coelis) et ipse tanquam *sponsus* procedens de thalamo. Exultavit, ut gigas (sive ut fortis) ad currendam viam, a summo coelo egressio eius, et occursus eius usque ad summum eius. In quibus verbis dum (iusta quod in Hebraco legitur) Soli dicit positum in coelis tabernaculum significat ipsum in medio planetarum quasi in medio coeli locum possidere... Procedit autem *sponsus* iste de thalamo, quando ab occasu surgit, et in oriente mundo orriri incipit. Ut *gigas* fortis exultat ad currendam viam, quando *magna alacritate* quasi gigas fortissimus inter .24. horarum spatium totum mundum percurrit... Q 4 + 3r. CPN 201, VII, 23 (24).

de Atocha venció, dando a ella y a su hijo la palma de la victoria, diciendo:

Todo lo puede, y sujeta,
Dios, acto y virtud perfeta,
De quien toda virtud nace,
Estas maravillas haze,
Quan nuestro llanto aceta.

(Titel., *De anima*, c. 6.)

Aunque el poeta no lo dice, también aquí se aprovecha de la *Filosofía natural.* Según la costumbre de su tiempo, no indica la página, sino el capítulo y el libro que, con el título *De anima et potentia vegetali*, ya encontramos como el octavo. Allí, debajo del sexto epígrafe *Partim esse a perfectione, partim ab inperfectione quod hom tam varias habeat potentias*, Titelmans, después de hablar de la perfección e imperfección parcial de los hombres y espíritus, ensalza la perfección de Dios y su extrema bondad, diciendo, entre otras cosas: «Por encima de todo está el Dios de los siglos, que tiene la *perfección suprema* por una potencia muy simple y una *virtud* única, la cual ni siquiera se separa de su esencia». Las mismas ideas, aunque en forma más sentimental, hablando de llanto y de maravillas, expresa Lope, haciendo hincapié en la omnipotencia y providencia divinas [11].

En su poema, Lope, al delinear un retrato, pone de relieve el contraste entre la alegría de la victoria y la tristeza del sacrificio que le precedió, el asesinato ignorado de los compañeros de don Gracián, quien con dificultad reprime la rabia que le dan sus felicitaciones. El poeta pone en boca de su héroe las palabras:

Mas como tan cerca tiene
El calor del corazon
Templança, y respiracion,
Assi es bien la yra enfrene
El ayre de la razon.

(Titel., in *Philos.*, libr. 8, c. 11).

En el capítulo *Pulchra seminis consideratio*, del libro *De anima et potentia vegetali*, que ya encontramos por tercera vez, Titelmans explica que los pulmones sirven de respiración y templanza al calor del corazón adyacente. El panegirista de San Isidro, con la genialidad que le es propia, emplea esta consideración física en sentido figurativo, presen-

[11] Is. 215. SR 660. T. 4 + 2rv. CPN 233, VIII 6.
Super omnia Deus saeculorum, qui summam *perfectionem* simplicissima habet potentia atque unica *virtute*, quae nec ab ipsius essentia secernitur.

tando la razón como unos pulmones que con su aire templan el calor de los sentimientos apasionados que brotan del corazón. En otras palabras: la arrogancia de don Gracián, suprimida por la razón, no exige satisfacción para vengar la ignorancia de sus compañeros [12].

Esta victoria de sí mismo le vale la misericordia divina, resucitando la Virgen de Atocha, por milagro, a las muertas. Poco después las hijas de don Gracián se casan con los héroes de la victoria. Cantando los salmos de David (los cuales, dicho sea de paso, había comentado extensamente el mismo Titelmans) entran en Madrid. Con esto, el monje, que cuenta la leyenda a San Isidro, le pone fin, y el santo vuelve a rezar, porque

Ya el Sol, de los hombres padre,
En medio del cielo ardía,
Y la juventud perdía,
Ya cana la antigua madre
Que el Leon pisado auia.

(Titelm., *De coelo et mundo*, lib. 7.)

Lope no indica el capítulo de la *Filosofía natural.* donde se ha inspirado, pero el himno nupcial que precede y la referencia al libro séptimo de Titelmans nos recuerdan la tercera apostilla, donde Lope de Vega, en el canto segundo, ensalzó las bodas del santo, remitiendo al capítulo 23. Allí, Titelmans, hablando de la excelencia del Sol, observa que los poetas clásicos, por esta razón le llamaban el *padre* de los dioses y *de los hombres.* Esto lo dice el autor en la misma página donde afirma que Venus es como la desposada del Sol, concepto poético que a Lope le inspiró los versos arriba citados. A continuación, Titelmans dice que Dios ha colocado el Sol *en medio*, para que no fuese ni demasiado cerca, ni alejado de la tierra. Esto, claro es, no quiere decir que en el concepto del franciscano el Sol forme el centro de un sistema de planetas al cual pertenece la tierra. Al contrario, para Titelmans y para Lope el globo terráqueo es el centro del universo, y el Sol nada más que un planeta, que da más luz que los demás y que la Providencia divina ha colocado a su justa distancia. En el contexto del poema, «en medio del cielo» debe significar en el Mediodía, ya que el verso que sigue dice que la juventud perdía, o sea que el sol, al acercarse al occidente, se hace más viejo y se rejuvenece al día siguiente. La tierra, al contrario (la antigua

---

[12] Is. 215. SR 661. V 3v-V 4r.; compárese Q 4 + 2v. («calor cordis»). CPN 241, VIII, 11.

Deinde, nobilissimum membrum *cordis* ita mirabiliter in medio animalis positum consistit habens ad sui *caloris temperamentum* circumiacentem pulmonem, aerem sua *respiratione* continuo in modum follis attrahentem, sicque suum calorem *temperatem*: vicinum etiam habens epar sanguinis officinam, et stomachum velut totius corporis coquum, alimenti totius susceptivum.

madre) envejece continuamente [Probablemente en esto también alude al capítulo próximo, que trata de la mención honrosa que la Sagrada Escritura hace del Sol]. Lope de Vega, también en la tercera apostilla, aludió a este capítulo 24, sin que lo mencionara. Allí, parafraseando el himno que San Francisco cantó a la luz del día, dice que el *Sol* todo lo *rejuvenece*. Aquí, como en otros sitios, el paralelismo con la tercera apostilla es convincente, aunque Lope puede haberse inspirado en varios textos, debiéndose la dificultad de averiguar el origen de la cita a la falta de indicación de capítulo, o, mejor dicho, a la gran originalidad con que Lope la tratara [13].

En el *décimo* y último canto, donde el santo muere y, acompañado de ángeles, sube al cielo, el poeta hace llamamientos repetidos a la *Filosofía* para figurarse bien el microcosmos del cuerpo moribundo y el macrocosmos, donde recibe su descanso eterno. Lope junta al principio de este canto una meditación emocionante sobre la muerte, que llama al santo, el cual no se diferencia de los demás hombres, porque tampoco «puede pasar los términos de la vida»:

Porque es tanta la amistad
De alma y cuerpo, que querria
Dilatar del fin el dia,
Y en cualquiera adversidad
Preferir su compañia.

(Titel., *Phil.*, lib. 3, c. 20.)

En el capítulo *Regula generalis pro iis, quae motu physico moventur*, Titelmans dice que, según Aristóteles, una cosa en movimiento siempre debe moverse por otra, con excepción del alma, que no siendo sustancia material, puede moverse por sí misma. De esta manera, el alma del santo agonizante, por amor al cuerpo, mueve a éste a dilatar el fin de su vida. Se nota aquí que la fantasía del autor se aleja mucho del pasaje inspirativo.

Por eso parece poco probable que Lope se haya inspirado en el texto indicado. Y por lo visto se trata de una errata, poniendo 3 en vez de 8, porque en el libro octavo y en el capítulo séptimo se encuentra el pasaje a propósito. Se titula *Consideratio pulchra de correspondentia admirabili corporis et animae* («Consideración bonita de la correspondencia admirable del cuerpo y del alma»), y pone en la margen: «Con-

[13] Is. 221, SR 663. Q 4 + 1v-Q 4 +2r; Q 4 +3v.

Cap. 23. Ob quam nimiam excellentiam, veteres poetae Solem dixerunt esse *patrem* deorum, *hominumque*... Propter quod sapientissimus naturae institutor, et conservator Deus, Solem voluit *in medio* esse collocatum... hoc ipso patentur in se Dei *patris* luminem gerens similitudinem. CPN 199, VII, 23.

Cap. 24 cuius (Solis) virtute cuncta laetificantur..., et quasi *iuvenescunt* atque vigorem resumunt. CPN 202, VII, 24.

templación muy bonita del matrimonio entre cuerpo y alma», y dice: «Véase, pues, este maravilloso matrimonio entre *alma y cuerpo*, véase la bellísima consonancia y admirable conjunción entre los miembros, los órganos del cuerpo, por una parte, y las virtudes, fuerzas del alma, por otra. Se unen en sociedad inviolable e inseparable». Comprendido así, Lope de Vega solamente quiere expresar que hasta para el santo es dolorosa la separación de alma y cuerpo, los que en vida siempre están casados. Nos parece que esta explicación es la exacta y no aquélla [14].

A continuación, Lope de Vega observa que la gracia divina perfecciona la naturaleza donde florece este matrimonio milagroso, pensamiento que probablemente también tomó de Titelmans, aunque no lo mencione.

Al final del poema, tres veces seguidas, Lope de Vega remite a la *Filosofía natural*, cuando su pluma sigue el vuelo del beato Isidro al cielo empíreo, subiendo, como dice, «del primero al cielo onceno». Al principio ya hemos visto que esta era precisamente la cantidad que Titelmans, a diferencia de otros muchos autores, distinguía. No cabe duda de que estas esferas también tomasen sus nombres del *Compendio*:

La Luna, y Mercurio passa,
Venus, Sol y el Dios Guerrero,
A Iúpiter y al postrero,
Que Dios puso en alta casa,
Por templar su rigor fiero.

(Titel., lib. 3, *De coelo*, c. 21.)

El indicado capítulo *De planetarum distinctione*, donde se trata de los caracteres de los planetas, no figura en el libro tercero, sino en el séptimo. Pero lo referente al orden de «las estrellas errantes» no figura allí, sino en el párrafo anterior *De ordine septem planetarum ad invicem*. Allí sitúa, como en el antedicho resultó, la Luna (con mayúscula, porque es nombre propio, como el Sol); más abajo, luego, respectivamente: Mercurio, Venus, el Sol, Marte, Júpiter, y, el más alto, Saturno. El Fénix adopta la misma disposición, llamando por antonomasia a Marte «el Dios guerrero», y a Saturno el «postrero / Que Dios puso en alta casa, / Por templar su rigor fiero». En la imaginación dantesca el cielo de Saturno es el de los contemplativos (*Paradiso*, XXI, 112 ss.), pero en la *Filosofía natural*, la cosa es más complicada. En el capítulo 21, Titelmans, hablando de la calidad de Saturno, dice que causa los partos prematuros

[14] Is. 232. SR 667. G 4 + 1v., T 4 + 3rv. CPN 234-235, VIII, 7.
Quoniam anima quae res naturalis non est, seipsam primo movere potest... CPN 88. Ecce vero mirabile istud inter corpus et anima matrimonium, ecce pulcherrimam consonantiam et admirabilem coniunctionem inter membra corporis organica ex una parte et virtutes seu potestates animae ex parte, et virtutes seu potestates animae ex parte altera... coniunguntur inviolabili inseparabilique societate.

y abortos. Se le presenta además con la hoz, cortando, o sea, *matando todo lo viviente.*

A continuación, comparando las calidades de Saturno y de Marte, éste se califica de cálido y seco y, por tanto, nocivo; aquél, al contrario, como neutro, útil a la vida, frío y seco. Mientras que Marte hace coléricos a los hombres, Saturno les da un temperamento melancólico. Quien de estas observaciones dedujera que también la maldad del astro postrero es relativa, se ve engañado, cuando al final del párrafo (y aquí está la fuente donde Lope bebió) lee que Saturno no ocupa su puesto primero y más *alto* por la bondad de su carácter ni por su dignidad, sino como enemigo, desde hace mucho proscrito; se le rechaza de los vivientes por su malicia y se le *puso* en un lugar muy extraño. «Por otra parte, mira cómo Júpiter, al que más nocivo es, o sea, a Saturno, le detiene en la parte superior, y al que menos daña, abajo. El rigor del superior parece más fácil *templarlo*, para que no pase por el obstáculo del inferior, de lo que la virtud del inferior puede contenerse por el rigor del más alto. Porque el planeta superior, por el lugar que ocupa, no puede enviar su influjo sobre las tierras, si no pasa por el mundo intermedio».

En el próximo capítulo *De venere et Mercurio et Luna* (cap. 22), Titelmannus agrava estas opiniones, atribuyéndole facundia falsa y astucia mala para dañar y originar riñas, discordias, tumultos, cismas y herejías. Con alusión a Lutero y otros reformadores, añade que hoy día muchos hombres se han juntado a esta señal. Así, la esfera de los contemplativos dantescos se ha hecho la de los herejes.

Dejando esto aparte, sorprende otra vez cómo Lope sabe escoger las palabras más intrínsecas para forjarlas hacia una síntesis de gran claridad y fuerza expresiva. Añade el nombre de Dios que en la *Filosofía* se sobreentiende, y observa que, para enfriar la crueldad del dios comedor de sus propios hijos, le ha hecho montar la guardia avanzada en un sitio aislado y seguro para los demás [15].

Pasados los planetas, el alma entra en el cielo de las aguas «que al principio dije atento», como apunta el poeta con referencia a la primera cita y sin hacer mención de la *Filosofía.* Y prosigue diciendo que el

---

[15] Is. 243. SR 671. Q 1v-4r. CPN 193-196, VII, 20 22.

Cap. 20. Luna infima, deinde Mercurius, succedit Venus, proximus Sol, supra hunc Mars, proximus Iupiter, supremus omnium Saturnus.

Cap. 21. Dicunt enim Saturnum in mense octavo dominari foetui, qui motis est autor, Iovem verò in mense nono, qui est principium et largitor vitae. Ob hanc verò *pessimam nocendi et mortificandi conditionem*, depingi solet Saturnus *falcem* manu tenens, quasi viventia, quantum in se est, demetens qualitate noxia, id est, *mortificans*... Mars calidus est et siccus et idcirco noxius: non aeque tamen atque Saturnus qui neutram habet qualitatem, vitae conducentem, et frigidus existens, et scicus. Hic verò Mars habet... complexionem cholericam... ut Saturnus melancholiam, id est, siccam et frigidam... Quod ergo Saturnus primum et *summum* locum obtinet, non ex naturae praestantis bonitate, neque conditionis dignitate procedit, sed tanquam hostis longè pr[o]scriptus ob maliciam potius arcetur a viventibus, estque loco novissimo constitutus...

alma, el día de su nacimiento, entró por ellas y por el cielo de las estrellas fijas, o sea por la nona y la octava esfera, respectivamente. Ahora se sigue la dirección inversa, pasando por el firmamento, que es el cielo de las estrellas:

Las que no mudan el buelo,
Las que solo Dios conto,
Y por su nombre llamo,
Y sobre este firme cielo
Los dos moviles passo.

(Titel., c. 16. Psal. 146.)

En el citado capítulo que—como ya comprendemos—figura en el séptimo libro, trata «de qué manera deben entenderse en los cielos los movimientos opuestos y robados». Pero allí no hay nada que explique los primeros versos del pasaje. Afortunadamente el mismo Lope de Vega, por la remisión al psalmo 146, nos da la llave para la solución del problema. Como Titelmans tenía la costumbre de apostillar sus escritos con remisiones a la Biblia, no fué demasiado difícil encontrar el lugar indicado. En el capítulo 19 del mismo libro séptimo, que trata de la diferencia entre los planetas y las estrellas fijas, dice: «Entre estas estrellas algunas se dicen *fijas*, otras errantes, las que llaman planetas... Y aquéllas son de número indeterminado, que solamente conoce Dios, y además el Psalmista: Quien enumera la multitud de las estrellas y *llama* a todas ellas por sus *nombres*» [16].

Pues bien, si Lope de Vega dice que las estrellas no mudan el vuelo, quiere decir que son fijas, ocupando, como él mismo dice, el «firme cielo», y que no deben confundirse con los planetas que giran por las esferas inferiores. Los dos versos siguientes: «Las que sólo Dios contó, / Y por su nombre llamó», sintetizan admirablemente en forma poética las ideas de Titelmans, donde observa que los astros son innumerables y que dan nombre al cielo de las estrellas. El pasaje entero significa que el alma del santo pasó los cielos octavo, nono y décimo, que son los móviles. Por fin:

Llegó al Impireo divino,
Solio del Cordero, dino
De abrir el libro sellado,
Donde hallo el fin desseado
Del inefable camino.

(Titel., c. 13. *Apoc.*, c. 5.)

---

[16] Is. 243. SR 671. P 4 + 3v. cfr. P 4 +1v. CPN 193, cfr. 189, VII, 19.
Inter has autem stellas, quaedam dicuntur *fixae*, quaedam erraticae, quas... planetas vocant... Et hae in numero sunt indeterminato, qui soli est *Deo* creatori cognitus, iuxta illud Psalmistae. Qui numerat multitudinem stellarum, et omnibus eis *nomina vocat*. CPN 192.

En el indicado capítulo, que trata del cielo empíreo y que era de la predilección de Lope, Titelmans explica que este lugar supremo reluce con la claridad divina, por lo cual tomó su nombre, que significa del fuego. «Es la sede, destinada antes de la constitución del mundo y preparada desde un principio como el palacio del *solio* real, para todos los que están destinados a ser grandes en la visión de Dios y *del cordero*». Las palabras en bastardilla ya indican que el poeta directamente se inspiró en este pasaje, escogiendo lo que para él más expresión poética tenía, y sacando el «libro sellado» del *Apocalipsis*, según explica la nota marginal [17].

Sobre Titelmans, en el *Isidro*, no se puede decir nada más, si no es que su apellido figura en el índice de autoridades. Sólo es posible añadir que, si a veces ya es difícil averiguar en qué pasaje precisamente se inspiró el poeta, al mencionar en apostillas al filósofo flamenco, cuánto más debe serlo si lo hace inconscientemente. Así no cabe duda que Lope de Vega, menos erudito que poeta, se valiera de la *Filosofía natural* con mucha más frecuencia de lo que hace suponer.

II.—«EL PEREGRINO» (1604)

Si en la poesía épica de Lope de Vega raras veces falta el elemento didáctico, en el género dramático de tipo religioso es donde abunda. Pero por la falta de notas es difícil averiguar si también allí repercutían los compendios de frailes franciscanos. Conocemos solamente un caso, que es el de un auto sacramental que viene inserto en el *Peregrino* y donde el Entendimiento le dice al Cuerpo:

Para nuestro oficio onrado
Yo y la Voluntad que hazemos,
Al Alma ilustre, su estado,
En ti Cuerpo no tenemos
Organo determinado.

(Titel., *De anim.*, lib. 8.)

La indicación del libro es tautológica, siendo, como hemos visto ya, *De anima et potentia vegetali* el octavo. Más nos valiera saber el capítulo. Pero en el tercero, que contesta a la cuestión, cuál sea el sujeto de las fuerzas del alma y si pueden separarse de ella, Titelmans apunta: «A estas preguntas contestaremos en breve, diciendo que ciertas fuerzas

[17] Is. 243. SR 671. P 3v + P 4 r. CPN 185, VII, 13.
Sedes est destinata ante constitutionem mundi, et velut aula regalis *solii* praeordinata ab initio, omnibus qui regnaturi sunt in conspectu Dei et *agni*.

del *alma* viven solamente en el *alma*, esas desde luego, para cuyo *oficio* no hay *órgano determinado del cuerpo*, como son la *voluntad* y el *entendimiento*, cuyas operaciones ejerce el *alma*, no por algún *órgano determinado del cuerpo*». En ninguna parte vemos con tanta claridad expuesto el ingenio de Lope, que sin querer encajar una página difícil de filosofía al auditorio popular de sus autos sacramentales, supo traducirla y sintetizarla en forma ligera y digestiva, enseñándole, burla burlando, unas verdades profundas de la doctrina aristotélica y cristiana, tan alejadas del materialismo moderno, que niega la existencia del alma y de las potencias espirituales [18].

III.—«LA JERUSALEN CONQUISTADA» (1609)

Un pasaje de los más emocionantes de su poema religioso nos cuenta cómo San Isidro, en compañía de un ángel, visita los lugares santos de ultramar. Debe de haber sido entonces cuando al poeta le surgió la idea de componer otra epopeya que cantara una de las cruzadas a Tierra Santa. También allí se acompañó del *Compendio* de Titelmans, que de nuevo hace su aparición entre las autoridades. En el libro quinto, al describir los estragos que la pestilencia hace en el ejército alemán, que huyendo de Saladino, con gran pérdida de gente, tiene que volver a Europa, asustado además, por la aparición de un cometa con barba, Lope de Vega dice:

Un cometa de aquellos cuyos nombres
Tiembla la observación de los mortales,
Una piramidal barba estendia
Hazia la parte donde muere el dia.

La apostilla a estas octavas reales dice: «Ay distinción de estas crinitas y barbatas, mas siempre pronostican daño. *Luc. Minantem regna cometem*, y assi cuenta Ciceron los daños que en la guerra Octauiana pronosticaron â Roma. 2. *De nat. Deor. lec. à Titelman sobre Arist.* li. 6, cap. 4». Por ahora no nos interesa la superstición de los cometas, tan divulgada en aquel entonces, ni las citas de Lucano, poeta español de la antigüedad, a quien Lope de Vega a menudo honraba como su gran antecesor, ni las del *De natura Deorum*, de Cicerón, sino las sacadas de una obra de Titelmans sobre Aristóteles. Este escrito no existe, pero sí la *Filosofía natural*, donde, en el capítulo cuarto del libro sexto, aduce

---

[18] Lope de Vega: *El peregrino en su patria* (Barcelona, 1604), 143. T 4r. CPN 230, VIII, 3.

Quibus erit breviter satisfaciendum: dicendo, quasdam vires *animae* in *anima* sola esse, eas nimirum ad quarum excercenda *officia corporis organum determinatum* non habet; ut sunt *voluntas et intellectus*, quarum potentiarum *exercet anima, non* per ullum *corporis organum determinatum*.

la autoridad suprema de Aristóteles[19]. El indicado capítulo *De generatione cometae* figura en el libro *De mixtis et imperfectis*, que trata de toda clase de fenómenos naturales que se tomaban por excepción a la regla, como: el arco iris, el relámpago, el trueno, terremotos, cometas, el camino de Santiago, ríos, granizos, flujo y reflujo de la mar y vientos.

Allí Titelmans habla primero de la composición de los cometas. A continuación dice (y ahora le citamos necesariamente en latín): «Videtur tamquam *crinitus* et vocatur stella cometa. Si partes hae longius deorsum pretendantur, dicitur caudata. Si vero partes subtiliores fuerint inferius demissae, dicitur stella *barbata*». Hemos dado el texto original, porque solamente así se explican los latinismos que Lope de Vega emplea.

Al final del capítulo, el docto franciscano expresa lo que Lope de Vega sintetiza en la frase: *mas siempre pronostican daño, y cuyos nombres tiembla la observación de los mortales.* Allí dice: «Pero es el cometa señal de revoluciones, de guerras, de luchas, de capitulaciones: y esta es la principalísima razón por la cual al tiempo de la generación del cometa domina un calor que de esa manera enciende los cuerpos y los ánimos de los hombres. Dicen que particularmente para los príncipes llevan la muerte, porque el aire, que entonces es más grueso y más viscoso por la materia del cometa, suele dañar con más facilidad a los príncipes, siendo más delicados y tiernos que los rudos labradores». Es curioso que la superstición de los cometas, hasta entre los clérigos ilustrados, no se reconociese como tal. Lope de Vega no es excepción a la regla, y hasta sugiere que el cometa no causa solamente la muerte de los príncipes, sino la de todo un ejército, aunque sea en colaboración con la pestilencia. Otra prueba de la influencia de Titelmans es la referencia: *lec. à Titelman sobre Arist.*, que remite a una apostilla donde el docto franciscano pone: *Aristo. I li. Mete.*, lo cual significa una llamada al primer libro de la *Meteorológica* del inmortal estagirita[20].

La parte astrológica del *Compendio* cautiva al poeta barroco, que

---

[19] Véase A. K. JAMESON: *Lope de Vega's knowledge of classical literature*, en «Bulletin Hispanique», XXXVIII (Burdeos, 1936), 444-501.

Dice que Lope no conocía muy bien a Aristóteles. Probablemente le conocía por Titelmans.

[20] JE I, 481 (223-5) (libro V, octava 136). VJ 121v (ed. Jer. conq., Madrid, 1609). Allí *li.* en vez de *lit.* en JE. M 4 + 3rv. CNP 76v-77r. CPN 150-152, VI, 4.

Apparent... interdum in stellarum modum cometae. Est autem cometa non congregatio multarum stellarum, neque de natura coelesti..., neque quo ad caudam, sed tota est de natura elementari... videtur tanquam *crinitus* et vocatur stella cometa. Si partes hae longius deorsum protendantur, dicitur caudata. Si vero partes subtiliores fuerint inferius demissae, dicitur stella *barbata*... *Est autem cometa signum commotionum, bellorum, litium, traditionum:* hac potissimum de causa, quia tempore generationis cometae dominatur calor qui corpora animosque hominum ad huiusmodi accendit. Peculiariter vero principibus dicit[ur] portendere mortem, quoniam aer qui tunc crassior est et viscosior ex materia cometae, principibus delicatis et tenerioribus solet facilius noscere, quam rudibus agricolis.

tiene un afán indomable de grandeza. En el libro décimo recuerda la ascensión de San Isidro, cantando cómo el alma del maestre Don Juan sube al cielo:

Aguila del mundo remontada
Bolando passas la region del viento,
Y sobre las estrellas elevada
En el cerco del Sol hazes tu assiento...
En otras aguas Aguila famosa
Que sobre el cielo estan eternamente
Renouaràs tu juventud gloriosa,
Donde no ay tiempo, ni vejez se siente...

La nota marginal dice: «Titelman, *De coelo et mundo*, lib. 7, cap. 13. Daniel 3. Psalm. 148». El capítulo trece *De coelo empyreo* ya lo hemos encontrado en el *Isidro*, donde Lope lo empleó dos veces, o sea, al principio, para recordar a Madrid su santo patrono en el cielo, y al final, cuando describe cómo su alma sube al empíreo. La primera apostilla del *Isidro* es idéntica a la del *Jerusalén*, ya que, aparte de la autoridad en cuestión, pone «Daniel 3. Psalm. 148». La glosa final del *Isidro* no remite al libro de Daniel ni al de los Psalmos, sino al *Apocalipsis*, para explicar la expresión: «el libro sellado»[21]. Si «el Sol» en los citados versos significa Dios: en las «Estrellas» no se refiere a las fijas, sino a las errantes que están debajo del Sol.

Al poeta también le arrebatan las cosas celestiales en su relación con el cuerpo humano, cuando éste no sube, sino queda en la tierra. En el libro *trece*, y relatando cómo Saladino, bárbaro y perjuro, ata al brazo de un roble a un capitán templario, hasta que entregue el fuerte, que pretendía capitulase, el Fénix dice:

Subia el Sol del Orizonte al cielo,
Que mira por Zenit la Tierra Santa
Quanto le ato con llanto, y desconsuelo
De su gente que mira crueldad tanta.

Y comenta: «Zenith es aquella parte del cielo que está sobre nuestras cabezas. Nadir, la opuesta por diámetro» (Titelman, *De coelo et mundo*, lib. 2, c. 28). El capítulo indicado del libro séptimo (que no del segundo) se titula *De meridiano et horizonte*. Allí dice Titelmans que el meridiano es un círculo que, de polo en polo, pasa por *el zenit de nuestra cabeza*, o sea, por el punto inmediatamente sobrepuesto. Y prosigue el filósofo diciendo: «Si se traza, en la imaginación, una línea recta de un extremo

[21] JE I, 511 (397-2) (X, 16). VJ 233v. P 4 + 1r. CNP 95v 96r. CPN 184-7, VII, 13.

a otro del cielo, por medio de la tierra y por el vértice de *la cabeza de algún hombre*, un punto determinado de aquella línea se llama Zenith, y el directamente *opuesto*, *Nadir*». La exactitud matemática con la cual define el profesor de Lovaina, también por el espacio reducido de la glosa, se vuelve paráfrasis popular, la cual, si es menos correcta, la supera en claridad. Explica cómo el sol, desde lo alto, mira sobre la cabeza del castellano, atado al brazo de un roble [22].

Con frecuencia, el sol, por medio de sus efectos naturales, se hace testigo de las emociones terrenales. En el libro *quince,* imaginando cómo Saladino trae por botín un casco español que saca a relucir y que está adornado con un sol, signos y planetas, el poeta dice:

Cubrían la zelada cien diamantes
En una sierpe de oro, cuya boca
Las plumas engastaua semejantes,
Al Iris quando el Sol al agua toca.

En esta metáfora se coteja con el Sol, por su brillo y color, la sierpe de oro que, en forma de espiral y adornada de cien diamantes, sube a la abertura de su boca, donde, encima de la celada, están ajustadas las plumas multicolores de su penacho, las cuales se parangonan con el arco iris. La nota marginal añade: «Causase el arco del cielo de los reflejos del Sol en el agua, como lo muestra la experiencia, lee a Titelman de la razón destas colores que tiene que es curiosa [.] *Filosofía*, lib. 7, *De Mixtis et Imp.*, cap. 13. Y el diálogo de Mercado». No es en el famoso libro séptimo, sino en el sexto, donde se encuentra el capítulo a propósito. Se titula *De generatione Iridis*. Allí Titelmans dice así: «En una nube *acuosa*, y que está para caer en chubasco, desde la región opuesta al *sol* o a la luna, *se quiebran* los rayos luminosos del *sol* o de la luna, y *reproducen* oscura e imperfectamente *su imagen*, por la gran distancia y la interposición de los vapores entre el sol y la nube». Y prosigue Titelmans, poniendo como apostilla las palabras *Iris tricolor*: «Y de allí aparece en esta nube un arco *iris* de figura curbada, distinguida y adornada de tres *colores*, o sea, rojo purpúreo, verde y purpúreo. Y esta distinción de colores así se explica: el rayo luminoso, cuanto más largamente se muestra, tanto más débil se hace, y tiene mucho menos claridad de luz y más inclina a la oscuridad y la negrura, por lo cual el

[22] JE II, 450 (93-26) (XIII, 19) VJ 314r. R 3v. CNP 106v- 107r. PN 207, VII, 28. Meridianus est circulus quidam, qui transit per polos mundi et per *Zenith capitis nostri*. Est autem *zenith* (R 3v.: *zenith*) *capitis nostri*, punctus directe suprapositus... Pro cuius intelligentia notandum, quod si protrahatur secundum imaginationem linea recta ab extrema usque ad extremum coeli, per medium terrae, simul et per verticem *capitis hominis* alicuius, punctus unus terminativus illius lineae dicitur Zenith, ille scilicet directe capiti suprapositus: alter vero, qui ex opposito respondit, dicitur *Nadir* (el texto JE, por errata, dice Nedir).

rayo más fuerte es aquel que primero tenía el color rojo purpúreo y que, hecho más débil, se cambia en verde. El color verde, pues, mucho más tiende a la negrura y a la oscuridad que el rojo purpúreo. Y de nuevo, el mismo rayo, hecho más débil, se cambia en purpúreo, que, más que el verde, se inclina a la oscuridad. A continuación el autor sagrado considera los colores de los arcos dobles y triples».

Hemos traducido en extenso todo lo referente al arco iris en el *Compendio*, porque Lope dijo, con razón, que es curioso. Y lo es todavía porque, si hoy día sabemos que la diferencia de los colores del arco iris no se explica por la duración del resplandecimiento ni por la fuerza de los rayos, sino por la refracción de la luz sobre el agua, que la descompone en diferentes clases de luz que se nos presentan como los colores del espectro solar, hay que advertir que Titelmans por lo menos tenía noción de la refracción de la luz. No es evidente que Lope la tuviera. El arco, por lo que consta de la glosa, para él, lo causan los reflejos del sol en el agua, idea que probablemente le sugirió el aludido pasaje de Titelmano, donde dice que este fenómeno semicircular reproduce oscura e imperfectamente la imagen del sol o de la luna. De todos modos, los fracasos rotundos, lo mismo de Titelmano que de Lope, en lo referente a la explicación de este síntoma natural, por no saber que la luz del sol no es simple, sino que está compuesta, los disculpa la falta de métodos experimentales y modernos, de los cuales carecía la investigación física de aquel entonces[23].

Las consideraciones celestiales del prelector de Lovaina arrebatan al Fénix desde la parte visible del universo hasta la invisible, desde el arco iris hasta el primer móvil, cuando, en el apóstrofe a España, que encabeza el libro *décimoséptimo*, canta:

España Bella, si el auer nacido
En medio de tus limites dichosos,
A quien fauor de Apolo ha recebido
Fuerza a cantar en versos numerosos
Tu nombre vencera, libre de oluido,
Los siglos de los años presurosos,
En tanto que con ley perpetua mueue
El cielo mas veloz los otros nueue.

---

[23] JE II 468 (215-28) (XV, 155). VJ 394v. N 45, CNP 81v-82r, CPN 159-160, VI 13, Iris autem sic generatur. In nube *aquosa* et ut in imbrem solvatur parata, e regione opposita Soli aut Lunae, refringuntur radii luminosi *Solis aut Lunae*, eiusque imaginem obscure et imperfecte exprimunt, propter nimiam distantiam, et interiectionem vaporum inter Solem et nubem. Et inde apparent in ea nube arcualis figurae Iris, tribus distincta et adornata *coloribus*, videlicet puniceo, viridi et purpureo... Color enim viridis magis ad nigredinem tendit, et obscuritatem, quam puniceus. Ae rursum, idem radius factus debilior, tandem convertitur in purpureum, qui amplius quam viridis ad obscuritatem accedit...

La nota marginal es muy larga esta vez y empieza abruptamente: «*Lege perpetua vellocissimo raptu suo omnes inf*[e]*riores coelos secum rapit.* Titel., *De coelo et mundo*, lib. 7, y Lorenço de Medicis, *Ordina e muove il ciel benigna legge, dolce catena il tutto lega è regge.* Que la dezima esfera sea el primero mobil, y no la o[c]tava, es opinion de todos los modernos, como el Rey Alfonso de Castilla, Iuan Lignerio, Purbachio, y Monte Regio». Hojeando el libro séptimo, no hace falta buscar mucho, si se tiene en cuenta la gran preferencia que Lope profesaba por el capítulo trece, sobre el cielo empíreo. Aquí, por cuarta vez, sale este breve párrafo (no llega a las dos páginas) que debe de haber conocido de memoria.

Lo que más extraña en esta glosa es que por primera vez a Titelmans se le cita en latín, circunstancia que, desde luego, facilita mucho nuestra tarea. Después del primer inciso, sigue en letra más pequeña, por lo menos en la edición de París de 1543: «Post hoc igitur (en la de 1530: vero) primum et nobilissimum corpus sequitur decimum coelum, primum mobile: quod motu supra quam cogitari potest velocissimo, *lege perpetua,* quotidie ab oriente in occidentem per meridiem, viginti quatuor horarum tempore decurrens, *velocissimo hoc raptu suo omnes inferiores coelos secum rapit,* eodemque temporis spacio perfectam circulationem, complere facit. Nec praeter hunc motum alium aliquem habet». (Por tanto, después de este primero y muy noble cuerpo sigue el décimo cielo, el *primero móvil,* y éste, *con rapidísimo movimiento,* más de lo que se puede pensar, *con ley perpetua,* diariamente, desde el Este al Oeste por el Mediodía, en veinticuatro horas corre y *arrastra consigo todos los cielos inferiores,* y en el mismo espacio de tiempo hace cumplir la perfecta circulación. Y fuera de este movimiento no tiene ningún otro).

Si comparamos con el original la cita y los versos de Lope, se hace notar que el poeta copia dos trozos sueltos de la oración y los hace una, acción selectiva que repite al final de la octava real. Omite la observación que la circulación pasa dentro de veinticuatro horas y por qué rumbos pasa. Para él lo que más le importaba era la idea del movimiento, comunicado por el cielo superior a todos los demás. Esta idea, como ya lo hemos visto repetidas veces, le arrebataba, porque le parecía la expresión más pura del concepto de la eternidad, perpetuidad que, según espera, caracterizará su obra épica, por la cual también España tendrá vida eterna. Es muy significativo que en este momento solemne de la *Jerusalén,* que tiene índole de confesión y de declaración artísticas, el poeta nombre al filósofo flamenco, con quien subió al undécimo cielo como un Dante con su Beatriz.

También el problema que se plantea en la segunda parte de la apostilla tiene su origen en la *Filosofía natural.* En el mismo libro séptimo y en el capítulo once que, como vimos, también se utilizó en el *Isidro,*

sin que se mencionara, y tratando de la división de los cielos, Titelmans dice: «Así éstos llaman décima esfera el *primero móvil*. De este parecer eran *varios de entre los modernos* y excelentes astrónomos: *Alfonso, rey de España, Juan Lignerio, Georgio Purbacho, Juan Regii Montis (Monte Regio)*, y otros más que siguen y subrayan la sentencia predicha». Se nota que Lope de Vega, quizá por orgullo nacional, ya que Alfonso el Sabio, con sus *Libros del saber de Astronomía* y sus *Tablas Alfonsíes*, va mencionado primero, hace una traducción tendenciosa, diciendo que todos los modernos son de este parecer, mientras que Titelmans observa que son varios. Pero si Lope de Vega modifica un poco su modelo, también sabe mejorarlo, poniendo Rey de Castilla en vez del anacronismo Rey de España[24].

Siguiendo las huellas de Titelmans, pasamos al *libro dezimo nono*, donde otro rey Alfonso, menos sabio que su ilustre descendiente, después de haber abandonado la bandera cruzada en Tierra Santa, en justo castigo de sus pecados, locamente se enamora de la bella judía Raquel de Toledo:

Su entendimiento y voluntad estaua
(Por quien somos ymagen y capazes
De Dios los hombres solos) tan esclaua
Que adoraua sus yerros pertinazes.

Y la glosa dice: «*Secundum quam Deiformes, Deique capaces homines sumus. Titelma. lib. 11*». Otra cita en latín, sin más indicación que el libro undécimo *De intellectu et eius officiis*. Allí, en el capítulo primero, *De hominis praecellentia et quomodo intellectus per sensum cognoscitur*, empieza haciendo hincapié en la superioridad del hombre sobre las demás criaturas por el *entendimiento* y la *voluntad*, por las cuales llevamos en nosotros la imagen y similitud de Dios, *por* las cuales *somos imagen y capaces de Dios los hombres solos*, por las cuales somos inmortales y solamente al hombre le conviene la libertad en sus acciones. En el pasaje que nos interesa más, el latín dice: «*Secundum quas Deiformes Deique capaces soli homines sumus*». Se echa de ver que, dejando aparte una ligera modificación (*quam* en vez de *quas*) y una omisión (*soli*), la cita es exacta. Acerca de la modificación del plural al singular es de notar que el Fénix, probablemente por razones de prosodia, no hace corresponder los números de los antecedentes gramatica-

[24] JE II 475 (259-8). (XVII, 1). VJ 422r. P 4v. CNP 95v. CPN 186. VII 13, Itaque hi decimam sphaeram vocant primum mobile, nonam autem mobile secundum. Huius sententiae *complures* fuerunt *ex recentioribus* et insignibus astronomis, *Alphonsus rex Hispaniae*, Ioannes Lignerius, Georgius Purbachus, Ioannes regii montis, et alii plures praedictorum sententiam insequentes et approbantes. P 3v. CPN 184. VII 11.

les y del pronombre relativo. Por otra parte, la traducción poética es más exacta que la cita, porque no omite *soli*, traduciéndolo por *solos*. En todo esto, sorprende la habilidad versificadora de Lope, quien, traduciendo casi literalmente, supo encajar en la difícil coraza de la octava real dos renglones de un manual de *Filosofía*. Crece nuestra admiración al notar cómo el poeta cambia completamente el sentido de las ideas arrogantes del flamenco nada más que por la palabra *esclava*. Esto pone de relieve que el rey, siendo el más poderoso de los hombres, debería más parecerse a Dios en la utilización de sus capacidades mentales, pero, por el loco amor que padece, pierde lo que, como hombre, le distingue de los animales [25].

Como la razón favorece a los hombres en general, la luna patrocina a los cruzados en un asalto nocturno. En el *vigésimo* y último *libro*, donde «Thomè negro Abisino anima a los cristianos a que de noche tomen las armas para abrir las puertas de la ciudad al conde Henrico», el guía espera que el comandante de los franceses:

Quando con rostro palido la Luna,
A la noche corone la alta frente,
A la Aurea puerta, y de Belen alguna
Ponga de su mejor Francessa gente.

A la margen está impreso lo siguiente: «Titelman lo dixo. Ps. I de su Filosofía. *Laudet te quoque palida Luna*». No extraña que Lope se refiera a un salmo de Titelmans, ya que el docto comentarista de los salmos de David, con ser muy erudito, tenía alma de poeta: solía empezar y terminar sus libros y capítulos con esta forma de poesía sagrada. En la *Filosofía* todos los libros terminan con un salmo, pues *Ps. I*, significaría el que concluye el libro primero. Pero el versículo en cuestión no figura allí, sino al final del segundo, que trata de las causas de las cosas naturales. El salmo mismo lleva por título: «Cántico de psalmo en loor de la primera causa, creadora de todo». Allí, el poeta franciscano, reaccionando contra las poesías paganas de los humanistas, continúa la línea tradicional de literatura bíblica, cuando dice: «*Laudet te quoque pallida Luna* et lumen stellarum: quibus coelorum moles iussisti clarescere, et illuminari per noctem obscuritatem terrae».

---

[25] JE II 499 (380-18). (XIX, 118). VJ 501 v. f 4 + 1r. CNP 180v. CPN 343, XI 1, Hominis super alias res naturales praecellentia in *intellectu* atque *voluntate* consistit, potentiis duabus utique nobilissimis quibus *Dei in nobis imaginem et similitdinem genimus*, et *secundum* quas *Deiformes Deiq*[*ue*] *capaces* soli *homines sumus*, secundum quas immortales sumus incorruptibiles, et impassibiles (passione quacumque violentia vel ad corruptione deducente) ab ulla rerum naturalium quantumvis potentissimae fuerit actionis: *secundum* quas *item soli homini* convenit in suis actionibus libertas, meritum vel demeritum, praemium atque poena, salvatio atque damnatio aeterna, foelicitas aeterna vel aeterna miseria.

Dejando fuera de propósito la ortografía españolizada de *palida*, la cita en nada discrepa del original. Se echa de ver que la influencia del salmo titelmaniano se extiende mucho más de lo que la cita hace suponer. Así, por ejemplo, eso de coronar a la noche la alta frente es reproducción más poética de «iluminar durante la noche la oscuridad de la tierra». Por fin, la misma idea de inspirarse en un salmo, presupone ya el afán de dar una significación casi religiosa y mística a una empresa desesperada que, con resultar un fracaso, se presenta como expresión de la voluntad divina [26].

IV.—CARTA A FRANCISCO DE LAS CUEVAS (1626)

Las dieciocho citas donde Lope de Vega alega la autoridad de Titelmans y que hemos comentado hasta ahora, todas resultaron tomadas de la *Filosofía natural*. Ahora queda la pregunta si quizá en otros escritos haga remisiones de las demás obras del docto franciscano. En carta que, en 1626, y probablemente en el mes de enero, escribió al licenciado Francisco de las Cuevas, el Fénix dice: «Sintió gravemente San Agustín en su *Ciudad de Dios* que Juliano hubiese prohibido a los cristianos estudiar las artes liberales, y hablando de esta crueldad suya, Titelman, en el Prologo apologitico *(sic)* a sus Consideraciones dialecticas, dice: Cuius egregiam indolem, amore dominandi sacrilega, at detestanda curiositas perdidit». Ahora las «Consideraciones dialecticas» no forman algún nuevo capítulo de la *Filosofía natural*, sino que constituyen un libro separado que, bajo el título *De consideratione dialectica* salió por primera vez en Amberes en 1543. Fué manual de estudio muy conocido en aquel entonces; lo adaptaron para sus colegios los franciscanos de Francia y de los Países Bajos y los jesuítas de Colonia. Tuvo dieciséis reimpresiones por lo menos, y probablemente también era de rigor en los colegios de España [27].

En el *Prologus apologeticus dialecticae uterarumque liberalium artium tuenda dignitate*, Titelmannus empieza así: «Gloriosum illud Ecclesiae lumen Aurelius August. in libris quos de civitate Dei pro Chistianae fidei firmamento insignes et numquam satis laudatos edidit de variis Ecclesiae persequutionibus agens, inter caetera de apostata illo Iuliano Augusto, *cuius egregiam indolem amore dominandi* (utidem ille ait) *sacrilega et detestanda curiositas perdidit*, hoc significanter commemorat, atque etiam digno pondere aggravat, quod publico edicto Chris-

---

[26] JE II, 502 (402-17) (XX, 38). VJ 515r. F 1v. CNP 32v. CPN 69. II finis.

[27] Véase Dirks, o. c. La Biblioteca Nacional de Madrid, además, tiene ejemplares de las ediciones de Amberes de 1564, 1569 y 1580.

tianos vetuerit, artes liberales docere vel discere»[28]. La exactitud de la cita hace olvidar que no abarca más que una oración subordinada, donde Titelmans, apoyado por la autoridad de San Agustín y aludiendo a la crueldad del emperador, defensor del neopaganismo, empieza por la alabanza de su índole excelente. Este detalle (se echa de ver que a Lope de Vega le interesaba más) probablemente se refiere al amor de las letras que desde su niñez profesaba el que vino a desempeñar papel tan infeliz en la historia del cristianismo.

V.—CONCLUSION

Así hemos llegado al final de las diecinueve citas de Titelmano, que Lope brinda en su voluminosa obra. Nos hemos tomado la libertad de averiguarlas, no para censurar al Fénix de los ingenios, si de cuando en cuando equivocara algún detalle, sino porque nos parece que Lope de Vega tantas veces remite a la obra del docto franciscano para que la consultemos. Quisiera que añadiésemos sus lectores lo que dentro de la margen de una apostilla no podía decirse. De tal manera, nos hemos esforzado en aclarar unos pasajes oscuros que maravillosamente se explican por la comparación de textos. Estos pasos, donde se notan las huellas del fraile franciscano, ya figuran en el *Isidro* (diez veces), ya en el *Peregrino* (una vez), ya en la *Jerusalén conquistada* (siete veces), dejando aparte la carta a don Francisco de las Cuevas, que, refiriéndose a las *Consideraciones dialécticas*, ocupa un lugar aislado. En contra de esos críticos que han presumido que el fárrago de la erudición es un peso muerto en el *Isidro*, al que perjudica, indudablemente, pero al que no modifica, hemos intentado probar cómo estas citas de la *Filosofía natural* casi siempre vienen a propósito para ensalzar la emoción que despierta algún detalle de la vida del santo o de los cruzados.

Decir que, hablando en términos generales, es éste el motivo más frecuente de las referencias, no implica que no se pueda especificarlos. Cada accesorio del relato es capaz de dar ocasión a un escape hacia la especulación meticulosamente escolástica de las relaciones entre cuerpo y alma, voluntad, entendimiento y sentimiento, corazón y pulmones, hombre y mujer, Dios y naturaleza, el Ser Supremo y la virtud, hacia la metáfora, la comparación y la «realidad» cósmicas donde las figuras de héroes y santos se alargan como sobre un lienzo del Greco. Once veces los

---

[28] LOPE DE VEGA: *Cartas completas*, ed. Angel Rosenblat (Buenos Aires, 1948), II, 127.

F. TITELMANNUS: *Prologus apologeticus*, en «De Consideratione Dialectica» (Antverpiae, 1570) segunda pág. 3 (No de la epístola nuncupatoria). En la apostilla pone: Augusti. lib. 18 de ciuit. Dei. En la Biblioteca Real de Bruselas existe un ejemplar que forma una encuadernación con el CNP de Amberes de 1540. ¿Fué así que Lope conoció las dos obras? (sign. VB 3931 F).

acontecimientos terrenales se proyectan sobre el universo y la gloria, cinco veces con motivo de la ascensión de un alma al cielo, bien de San Isidro, bien del maestre Don Juan. Siempre lo sobrenatural se presenta como cósmico, es decir, el alma encajada en el sistema planetario de aquel entonces, tiene que pasar al «Dios guerrero» y «al que Dios puso en tan alta casa para templar su rigor fiero», las estrellas errantes y las fijas «que sólo Dios contó y por sus nombres llamó» para llegar al undécimo cielo, que es el Empíreo y, al mismo tiempo, el «solio del Cordero».

Que la apoteosis celestial se presente como hecho cosmológico extraña menos a los modernos que la participación de casi todos los astros y fenómenos naturales en las acciones de los mortales. Cuando en los ejércitos cristianos reina la pestilencia, un cometa viene a pronosticar más daño, como suelen hacer los «barbatas», tanto como los «crinitas».

Y el planeta Saturno es tan fiero y dañino que Dios le ha hecho montar la guardia avanzada para que no pueda perjudicar la tierra. Hasta el Sol, glorificado generalmente como el padre del universo, interviene de un modo desagradable en la suerte de los hombres, cuando desde el zenith, que está sobre nuestras cabezas, mira sobre el vértice de un castellano negociador que, víctima de la deslealtad de los turcos, se bambolea en el brazo de un árbol. A veces la correlación entre tierra y universo es armonía, por ejemplo, cuando el Fénix alude a la costumbre de los campesinos de mirar al cielo por falta de reloj. Al observar cómo, después de escuchada la leyenda, el sol pierde la juventud, o sea, que va declinando, Isidro vuelve a rezar. La luz del día le indica la hora de cumplir con Dios, a no ser que el monje, quizá por finura, termine a la hora adecuada. Si los hombres buenos viven en armonía con los planetas, éstos también les favorecen. Así, la luna pálida, que corona a la noche la alta frente, protege la empresa de los cruzados que de noche intentan asaltar la Ciudad Santa. Un salmo titelmaniano, en uno de sus versículos, explica que Dios ha creado este cuerpo celeste para que alumbrara la noche a los mortales. La cita de estas ideas sugiere que la sorpresa fue expresión de la voluntad divina. Mientras la luna, que ocupa la esfera más baja de las estrellas, mide la duración de una noche de asalto, el primer móvil superior, que mueve los otros nueve, sirve para medir la eternidad, la cual no superará la fama de España ni la de su *Jerusalén.*

No bastándole la correlación cósmica entre cielo y tierra, el poeta pasa a la metáfora. Los desposados se convierten en Sol y Venus, planetas cuyas características, en las ideas de Titelmano y del Fénix, completamente corresponden con las de los dos sexos humanos. Los motivos de las comparaciones con cuerpos celestes pueden divergir desde las bodas de San Isidro hasta la celada traída en botín que lleva Saladino. La sierpe dorada de diamante que muestra es el sol, que con su boca al

arco iris del penacho de sus plumas toca. Una sola vez (la apoteosis del santo al principio del poema) la metáfora va acompañada de un retruécano. El semblante mortal de San Isidro se refleja en el Manzanares, y su alma en las aguas del cielo, que, miradas desde el Empíreo, están por encima del firmamento, como un Madrid al revés que sobre aguas está construída.

Pasando del macrocosmos al microcosmos, se echa de ver que las potencias humanas se expresan por medio de relaciones especulativas donde son frecuentes las confusiones de órdenes de ideas que caracterizan la filosofía de aquel entonces. En vez de decir que don Gracián, quien sacrificó a su mujer y a sus hijas, domina su cólera, respirando profundamente, observa que los pulmones son la razón que templa el calor del corazón. Si nosotros consideramos de mal gusto estas comparaciones, no les parecía así a los contemporáneos, que confundían las potencias físicas y las mentales. En vano buscaban un órgano determinado para Entendimiento y Voluntad, colocándose la razón antes en los pulmones que en el cerebro. Estas ideas filosóficas las divulgaban las presentaciones populares de autos sacramentales, donde aquéllas figuraban como alegorías hechas persona. La importancia que se daba a estas potencias mentales se explica por la doctrina que por entendimiento y voluntad somos capaces de Dios, idea que desarrolla el Fénix al relatar cómo el rey Alfonso locamente se enamora de la bella judía de Toledo. Desde este amor ilícito hasta el matrimonio perfecto entre alma y cuerpo mide la distancia que va de un soberano que abandona la cruzada hasta el labrador Isidro, a quien, con ser santo y agonizante, esta unión perfecta le hace difícil la despedida.

Menos que a las consideraciones sobre las facutades humanas, el poeta da importancia a las especulaciones sobre la esencia divina. Cuando San Isidro va a su hacienda apenas se atreve a pisar las plantas del campo, reflejo y expresión de la belleza del Creador. La omnipotencia de Dios, cuyo ser se define como la virtud perfecta, se pone de relieve en la concesión de la victoria y la resurrección de las hijas de don Gracián.

Un motivo completamente diferente a los demás se presenta en la carta al licenciado De las Cuevas cuando el poeta, comentando la relación entre religión, política y ciencia, observa que San Agustín sintió gravemente que Juliano el Apóstata hubiese prohibido a los cristianos estudiar las artes liberales, perdiéndose, cómo dijo Titelmans, por esta imperiosidad, la índole excelente del emperador.

No sería difícil indicar en lo antedicho los obvios defectos de la cosmología que desarrolla Lope de Vega, por autoridad de la *Filosofía natural*: la tierra como centro del universo, la Luna, satélite, promovida a planeta; el Sol, degrado a planeta, que solamente da más luz que los demás; los siete planetas, donde faltan Urano y Plutón; los once cielos, con las estrellas fijas, con las aguas superiores; el primer móvil

y la presencia de Dios; los colores del arco iris como consecuencia de la duración de los rayos, no del espectro solar, y cometas que pronostican daños y que, haciendo más grueso el aire, dan muerte a los príncipes. Tampoco haremos hincapié en las confusiones de poesía y ciencia, que brindan las ideas titelmanianas acerca del matrimonio entre Venus y el Sol, entre alma y cuerpo. Sin duda ninguna se puede agravar estos defectos científicos, señalando que el Fénix vivía casi un siglo después de Copérnico (1473-1543), siendo contemporáneo de Galileo (1564-1642). Pero no olvidemos que eso de tomar la Biblia por manual de cosmología era en aquel entonces error común y pertinaz y que las ideas de aquellos renovadores no estaban generalmente aceptadas y hasta eran perseguidas por la Inquisición, cuyo familiar era Lope.

A este argumento negativo se añade otro positivo, que explica el empleo de un manual anticuado de cosmología que hace setenta años había escrito un franciscano flamenco y es el vigor poético que tiene. Reaccionando contra el paganismo de los humanistas, la *Filosofía natural* hace pervivir el espíritu sintético de la Edad Media, donde todo: poesía, ciencia, religión, sirvió a la glorificación del Creador. Pues bien, si Lope de Vega (no sabemos si por prudencia o por su fuerza poética, probablemente por las dos) se inspira en tal obra que casa el espíritu sintético de la poesía a la análisis de la ciencia, esto constituye un punto en favor y no un inconveniente, no existiendo cosa más antipoética que la mentalidad puramente analítica que ha perdido el hilo de los rumbos más principales de la vida.

Después de haber considerado el argumento de las citas, pasamos a su parte formal. ¿Cómo emplea su modelo Lope? En lo antedicho ya resultó que generalmente no utiliza el *Compendio* sin que haya necesidad, y que no aplica las palabras y pensamientos en un sentido que no admiten. La exactitud muchas veces es tan grande que existe en la mayoría de los casos igualdad casi literal entre los versos y las apostillas por una parte y el original en latín por otra. Dejando aparte las citas en prosa, que por su índole se ciñen más a los textos primitivos, se echa de ver cómo, en la glosa 17, donde el poeta, afirmando que voluntad y entendimiento nos hacen capaces de Dios, solamente en una palabra (*quien* en vez de *quas*) diverge del original. Casi lo mismo pasa en las notas 5 y 11, donde se trata de la relación entre razón y sentimiento y entre voluntad, entendimiento y el cuerpo. Resulta, pues, que, hablando de las facultades mentales, tema que tratan los libros octavo y undécimo de la *Filosofía*, Lope ponía más cuidado en su traducción que de ordinario.

Si las palabras muchas veces se traducen literalmente de la prosa al verso, del latín al español, esto no implica que siempre se transcriban en el mismo orden. Así, con bastante frecuencia, como en los números 10, 11, 16 y 19, el poeta unifica palabras y partes de frases que en el

Compendio están separadas. De este modo casi siempre sabe escoger lo más importante. En otros casos, como en las apostillas 12 y 14, que tratan de los cometas y del zenith, el espacio reducido de la nota marginal le obliga a sintetizar. Allí logra evitar por medio de expresiones como «por diámetro», una circunlocución larga y difícil, brindando una explicación que, aun careciendo de la exactitud matemática del modelo, lo supera en claridad y sencillez populares. Igual pasa en la cita octava, donde «quien Dios puso en tan alta casa para templar su rigor fiero» admirablemente sintetiza lo que Titelmans explica con gran prolijidad. A veces Lope se aleja más del texto, permitiéndose ligeras modificaciones. Huelga decir que generalmente resultan mejoramientos.

Muchas veces Lope de Vega, como en las citas octava y nona, pasa a la antonomasia, ya por razones de rima, ya porque le obliga la prosodia, ya por amor al lenguaje figurativo. Así, en vez de estrellas fijas dice «las que no mudan el vuelo», y sustituye «innumerables» por «las que sólo Dios contó», y los «cielos inferiores» por «los otros nueve»[29]. En la parte prosaica de la apostilla quince, y a diferencia de Titelmano, no dice que el arco iris reproduce la imagen del sol, sino que se causa de los reflejos del mismo. Aquí es la estrechez de la margen la que le obliga a sintetizar y a modificar al mismo tiempo. En la mayoría de los casos es la forma poética la que obliga a tal procedimiento, aunque no siempre, porque a veces los versos precisamente obligan a ser más prolijos. En una ocasión, la de la cuarta apostilla, para dar expresión más sentimental, añade las palabras «llanto» y «maravillas»; en otra situación (la nota once) por razones de rima, adiciona algo ripiosamente la palabra «honrado», que tiene consonancia con «estado».

En todo esto, en las síntesis, en las antonomasias, en las modificaciones y en las añadiduras, sorprende la gran exactitud que enseñan las citas y los versos que aluden al *Compendio*. Si esto no obstante, alguna vez se señala un descuido, puede ser muy bien que se trate de una errata. Hay solamente dos casos donde se hace difícil establecer la homogeneidad textual: en la segunda glosa, donde se considera la relación entre Dios y la naturaleza, y en la sexta, donde el poeta dice que el Sol pierde la juventud. Pero si es verdad que aquí la semejanza no es literal, también es cierto que en ambas circunstancias la unidad de pensamiento, que los préstamos ciñe al texto del *Compendio*, es casi perfecta.

Hay en las citas, como en lo antedicho resultó, correspondencia de argumento y de forma, pero en ésta más textual que numérica. La falta de exactitud en la referencia a los títulos y números de libros y capítulos, que hoy día se reemplaza por la indicación de páginas, es posible consecuencia ya de erratas, ya de la prisa con que el Fénix solía componer sus obras. De estos descuidos, sobre todo, se resiente el *Isidro*,

---

[29] Jameson, 497-498.

donde las citas son más breves. Se van extendiendo en la *Jerusalén* y terminan copiando partes enteras del texto en latín al final de este poema y en la carta a don Francisco de las Cuevas. Si de este rasgo resulta que la responsabilidad científica del Fénix iba creciendo, en defensa suya, además, se puede alegar que la *Filosofía* natural era tan conocida que generalmente ni siquiera hacía falta que el autor mencionara el título de la obra, satisfaciendo a los lectores eruditos con indicaciones de nombres y órdenes de libros y capítulos, a menudo en combinaciones pleonásticas y descabaladas. Quien se tome la molestia de examinarlas descubrirá que, cinco veces, las citas son incompletas solamente, y seis veces equivocadas y deficientes al mismo tiempo [30]. Pero tengamos en cuenta que a Lope solían venirle de memoria las reminiscencias, sin que tuviese tiempo para averiguarlas.

Más que el restablecimiento de las verdaderas fuentes donde se abreva el Fénix, solamente es de relieve técnico, nos importa examinar cuáles eran los lugares que al poeta le cautivaban más. Resulta, pues, que Lope de Vega, dentro del margen de la *Filosofía*, tenía una preferencia muy marcada por el libro séptimo sobre el cielo y el mundo, que en nueve notas diferentes se ha aludido, y dentro de él por el capítulo trece, que trata del cielo empíreo, mencionado cuatro veces. Luego sigue en grado de importancia el libro octavo, sobre el alma, que sale en cuatro glosas, y el libro sexto, sobre las cosas mixtas e imperfectas, que figura en dos apostillas. Una sola vez se remite a los libros segundo, sobre las causas, y undécimo, sobre el entendimiento. Las llamadas al libro tercero, sobre el movimiento, son falsas, remitiendo en realidad a los libros séptimo y octavo. Total, resulta que Lope está más leído en la parte central de la obra, que trata del macrocosmos y del microcosmos, y que con sus consideraciones poéticas logra más fuerza expresiva.

Si a menudo hacíamos constar que a Lope de Vega le fascinaban ciertos capítulos del *Compendio*, esto no incluye menosprecio a sus grandes méritos de poeta, siendo de extrañar cómo Lope, en este vasto mundo de su poesía, donde fluyen los elementos más disversos, sepa aprovechar un manual de ciencias naturales que, bajo sus manos de joyero, se vuelve un diamante. Como es verdad que Lope de Vega tan maravillosamente saca provecho de su modelo, surge la pregunta de si la influencia de Titelmans, cuya prosa latina se traduce al verso español, no va mucho más lejos de lo que hacen suponer las referencias. Cuando, por ejemplo, en la nota trece equivoca el número de la cita y apenas

---

[30] Aquí se corrigen de tal manera que el primer número indica el de la nota nuestra, la segunda el del libro de la *Filosofía* y la tercera el del capítulo correspondiente. Los números entre paréntesis son los que deben añadirse: 13) VII (23); 17 (VII) 13; 18) VIII (3); 24), VII (13) y (VII 11); 25) XI (1). Las equivocadas e incompletas: 14) III 20 es VIII 20; 15) III 21 es VII 20-22; 16) 16 es VII 19; 22) II 28 es VII 28; 23) VII 13 es VI 13; 26) Ps. I es Ps. II finis.

se reconoce el original, uno puede preguntarse cuán difícil no debe ser hacer constatar la influencia del *Compendio*, si no lo menciona. Otro problema que se plantea y que no contestaremos aquí, sino en otro ensayo, es si Lope se valió de otras obras del docto franciscano que hasta ahora han quedado fuera de propósito. Por ahora baste recordar que Titelmano, más que nadie, es quien nos enseña cómo el Fénix se figuraba el universo.

S. A. Vosters.